

que había sucedido al amante; pero no quería dar el prosaico espectáculo de una enfermedad cruel al que la había contemplado llena de encantos.

—No, amigo mío (le dijo tristemente): ya le llamaré á V. cuando esté allí.

En cuanto llegó á Cannes, y pensando siempre en M. de La Marche, se puso, con sus manos tan pronto heladas como abrasadoras, á empavesar con flores una habitación cerca de la suya, para recibirle según le inspiraba su corazón; pero de pronto se detuvo, al contemplarse en un espejo.

—Y bien (murmuró). ¡No, no hace falta que venga!

Además, al cabo de algunos días se borró por completo de su alma aquella querida imagen. No veía distintamente más que las figuras de sus hijos, de su madre y de sus hermanas. Se parte de la familia y se vuelve á la familia. Los ingertos mejor adheridos concluyen por separarse del árbol cuando está herido de muerte.

Esther no volvió á ver más á M. de La Marche.

—Si es una penitencia (dijo ella), tanto mejor.

VI.

El país de la muerte.

Esther había dicho: «Quiero vivir en la Plaza Real para estar más cerca del Padre Lachaise. Se entretenía y se reía con sus hijos; pero la gran sombra de la muerte la seguía paso á paso; se estremecía ya bajo el sudario; llamaba á sus amigos como para que la defendieran; pero el alegre batallón de las Victorias y Conquistas se había dispersado. Nada dura en este mundo, y en París menos que en ninguna parte. Las figuras pasan como por el cristal de un espejo. ¡Sueños! ¡Sueños! ¡Sueños! Además, que ya no se cenaba en casa de Esther, y temían entristecerse. Ella, por su parte, se sentía sumergida en las tinieblas, y anhelaba el sol, aquel amigo que tan dulce había sido para ella en Egipto, y que esperaba volver á ver en las orillas del Mediterráneo. Se decidió á partir: estaba determinado que había de morir bajo el beso del sol.

Partió, pero no volvió más.

Digo mal, volvió; pero acostada en un fére-

tro de terciopelo. «¡Su último traje!», como había dicho.

La víspera de su partida dijo á Valía, evocando los hermosos días de su juventud:

—Escúchame: si no tienes pereza, nos levantaremos una hora antes, para despedirme de todo lo que he amado cuando tenía veinte años.

—Pero tú no encontrarás nada de aquella época,—le contestó Valía.

Ésta creía que su hermana quería decir adiós á sus antiguos amigos. Pero no era eso.

—Ya verás, ya verás (dijo Esther); te levantarás á las seis de la mañana, y á las siete me meterás en el coche, y nos pasearemos por el boulevard Bonne-Nouvelle, por la calle Richelieu y por el muelle Voltaire; después, ya encontraremos en el ferrocarril á los que quieran decirme adiós.

Valía había comprendido: á las seis del siguiente día, todo estaba dispuesto para la partida. Aunque Esther se esforzaba por estar más valiente que la víspera, no podía dar un paso. ¡Sus piernas eran dos cañas!

Se la llevó en un coche. Saludó con una mirada de simpatía á sus antiguos amigos los árboles de la Plaza Real, que le habían prestado su sombra en sus primeros años, en los tiempos de sus primeras canciones. Recordando aquella misma época, recorrió sus ojos la Plaza de la

Bastilla y el boulevard del Temple, en donde se elevaban tantos recuerdos del pasado. ¡Fantasmas de un instante!

El coche se detuvo delante del Gimnasio. Allí era donde había escuchado los primeros aplausos. Allí era donde se había revelado á ella misma tanto como á los espectadores.

—Sigamos,—dijo á Valía, enjugando dos lágrimas.

Quando los caballos descendieron por la calle de Richelieu y se detuvieron delante del Teatro Francés, Esther tendió sus brazos, como si la viesen Corneille, Racine y Molière. Les habló, creyendo que podían oír sus palabras:

—¡Ah! (dijo): ¡ahí es donde he tenido un hermoso ensueño!, como decía el Mariscal de Sajonia al morir, el que tanto amó á Adriana Lecœur, y á quien la pobre Ana amó más todavía.

Después continuó como hablando consigo misma:

—Sí, no era más que un sueño, y me desperté para morir.

El teatro estaba mudo. Todo dormía. Otras veces el teatro y la Comedianta se despertaban al mismo tiempo.

Esther se había despertado aquel día antes que el teatro, porque no había representado la víspera....

Valía le habló de sus triunfos, de todas las

heroínas que había animado con su soplo vivificador.

—Sí, sí (dijo Esther): ya las veo; ellas me llaman. Todavía oigo las exclamaciones de todos los espectadores, y ahora *nihil*: es la única palabra latina que sé todavía.

Quiso sonreír; pero cuando el carruaje se puso en marcha, rompió á llorar.

Los caballos se dirigieron por el Carroussel y el muelle del Louvre; al volver, dirigió Esther una rápida mirada á las ventanas de su casa del muelle Voltaire.

—Allí (dijo) he sido dichosa.

Y llevó la mano á su corazón, murmurando: «¡Luciano de La Marche!»

Acababa de vivir demasiado para los recuerdos; se sintió desfallecer, y se reclinó en los brazos de su hermana.

Las despedidas en la estación fueron desgarradoras.

Parecía una muerta cuando se la colocó en el vagón; pero se reanimó al partir, para dirigir una última mirada á todos aquellos que la adoraban.

Durante el viaje fué triste, pero resignada; el sol no brilló ante sus ojos hasta cerca de las tres.

—¡Al fin (dijo) vuelvo á ver á mi amigo; pero es el último! Al menos, éste será fiel.

Durante su estancia en Cannes, él fué quien la despertó todas las mañanas. Quería que se dejaran las ventanas entreabiertas.

—Eso te impedirá dormir,—le dijo Valía.

—¡Qué importa! Cuando esté seis piés debajo de tierra, no me despertará.

Aquella fué una lenta agonía; cada día la hería más cruelmente. La muerte no tenía piedad ninguna con aquella bella y dulce criatura que se había reclinado en sus brazos. Inclinada sobre su lecho, ni la cogía ni la abandonaba. El fotógrafo tiene el horrible valor del reporter. En Cannes, uno de esos retratistas de última hora, tuvo el atrevimiento de presentarse delante de Esther moribunda.

—Espere V. algunos días, y me retratará V. en la tumba.

Siempre le gustaban los juegos de palabras. Después añadió sonriendo:

—Entonces no tendrá V. necesidad de decir: «No se mueva V.»

Se resignó á bajar al jardín; la pobre diáfana no tenía más que un soplo de vida y una sonrisa. El sol, ese colaborador eterno de los fotógrafos, permitió hacer un buen retrato de aquella adorable criatura, á la que no se atrevía uno á mirar de frente, porque su expresión resignada desgarraba el corazón. Se la ve, ¡qué contraste!, casi adosada á una estatua del amor, reple-

gada sobre sí misma, con las manos cruzadas, vestida con un traje de lana blanca, que parecía un sudario. Sus ojos, aquellos hermosos ojos, reflejan todas las tristezas. Aspira al cielo; pero ¡cuántos recuerdos la encadenan todavía á esta patria de un día que se llama la tierra!

Entre este retrato y el semblante de muerta dibujado por Mad. O'Connell, apenas si hay más que una ligerísima diferencia. Mad. O'Connell no la vió muerta; pero la conocía tan bien, que la sacó tal como estaba. Así se ha podido decir que estaba bien aquella cabeza encantadora y sublime á la vez; pero sus ojos, con cuyo brillo metálico deslumbraba, como los rayos del sol, á todo un público entusiasta, se han cerrado para siempre. Su pobre y descolorido rostro se inclina dulcemente bajo el sueño eterno. Mad. O'Connell ha encontrado aquellas preciosas manos modeladas para una reina por el gran artista que tan pródigo fué con ella; pero esas son las manos de la muerte, como aquel rostro es también el rostro de la muerte misma. ¿No es esa la terrible belleza del sepulcro, si no se muere á los veinte años?

Esther dijo un día á Valfa:

—Ya ves; sabía tan bien morir en la escena; ya te acordarás de *Adriana Lecœuvreur* y de otras, y ahora necesito morir yo misma.... y no puedo morir....

—Es que tú vivirás,—le respondió Valfa, que siempre la mecía en los ensueños de la vida.

Pero las esperanzas no eran para ella más que pálidas é inodoras flores de otoño que se deshojaban.

Esther buscaba consuelos más elevados; creía en el Dios de Israel; se volvía hacia él, aunque con poca fe, pues el escepticismo había invadido su espíritu, si no su corazón.

—¡Ay! (decía): ¿qué iré yo á hacer delante de Dios?

Leía la Biblia, y no encontraba la inmortalidad del alma.

—La sola inmortalidad (pensaba ella) es la del teatro. No me olvidarán mañana, porque llegará algún día en que una gran artista me haga renacer, como yo he hecho renacer á tantas muertas.

Aquella gran trágica olvidaba que la tragedia no era la que había gastado su vida. Moría joven; pero ¡cuántas más jóvenes que ella han descansado en la tumba, sin que un drama las despierte de su eterno sueño!

—Después de todo (dijo un día), muero á tiempo, como la Lecœuvreur y como la Malibran. En el teatro es preciso no envejecer; he visto ya demasiado los telones de Mlle. Georges. Se conservará de mí un poético recuerdo, porque dirán: «Era bella todavía.»

Pidió un espejo.

—¡Ay, no me reconozco!—murmuró.

Escribía mucho, para que corrieran más rápidas las sombrías horas. Siempre conservaba su encantador estilo.

Su último trabajo fué el siguiente: se había llevado, para leerlas, todas las cartas de las personas queridas, en las que se encontraba encerrada su existencia de mujer y de artista.

Cuando comprendió que ya no las volvería á leer más, reunió las de cada uno por separado: después escribió un nombre encima de más de veinte sobres, que encerraban las cartas de sus amigos.

He aquí por qué, algunos días después de su muerte, un fiel mensajero llevó por todo París tantas cartas en las que se encerraba su vida, y un poco también de la vida de los que las habían escrito: para mí, lo mismo que para muchos otros, fué un gran sentimiento cuando recibimos las cartas que habíamos escrito á Esther, remitidas discretamente, según su última voluntad. En el sobre reconocí su letra, sin comprender lo que era; lo rompí, pero ni una palabra suya entre las cartas. Era el adiós de una muerta; era como una esquila funeraria; era como una piadosa restitución de los sentimientos que había inspirado. No he visto manera más encantadora de comprender las cartas; Esther

parecía decir: «Esas cartas ya no son mías, puesto que he muerto.»

Los últimos días no pudo escribir, y pareció que adivinaba sus desfallecimientos. Puso la fecha de 1.º de Enero á muchos de sus billetes escritos el día de Noche-Buena.

—¿Por qué haces eso?—le preguntó Valfa.

—Porque quiero felicidad el día de año nuevo á mis amigos, y ese día no tendré fuerzas para escribir.

Y sonrió con su sonrisa siempre encantadora, pero llena de tristeza.

—Además, quiero chasquear á la muerte: así no se atreverá á llevarme antes del 1.º de Enero.

En efecto: Esther escribía á un célebre Príncipe:

«Posdato esta carta.... Me parece que esto me obligará á vivir hasta entonces....»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTERREY, MEXICO